

rías y en tropos, ora en representaciones personales, ya la Madre vírgen, ya el nombre de su Niño, ya la virginidad perpetua de Aquélla; aquí la mansedumbre, la humildad y paciencia del Redentor; allí la fuerza, el poder, la gloria de su Madre; en fin, todo cuanto sucedería desde que el ángel saludó á María en Nazareth hasta que su Hijo la hizo Madre de los hombres en la Cruz, pues todas las profecías y símbolos del Testamento Antiguo tenían por objeto á Jesucristo y á su Madre como Redentor y Corredentora, y á los hijos desgraciados de Adán como seres que entraban nuevamente en el goce de los derechos perdidos, en la adopción de hijo de Dios y de María.

La realización de esta gran idea que ocupaba la atención de todos los espíritus, debía hacerse en la cima del Gólgota, quedando consignada para siempre en el testamento del Dios moribundo. Bien digno es de notarse, amados míos, cuanto ocurre en este momento soberano. Dios está para morir, y no quiere espirar sin haber ántes dejado á los hombres todas las riquezas de que es dueño; no posee bienes terrenos, pues desde que apareció entre los mortales hizo profesión de la más rígida pobreza, no queriendo nacer en casa de su Madre, sino en un establo, y llegando á su último trance sin tener donde reclinar su cabeza. La redención del hombre no quedaba consumada sino con el legado de amor que Dios dejaba al mundo, y era éste el perdón para buenos y malos, para amigos y enemigos; era éste el elevar al hombre al rango que no pensáran poseer ni los mismos serafines; tener derecho á todos los cuidados que María había dispensado á su Hijo durante la vida de Éste sobre la tierra; poder decir con toda la efusión del corazón, hablando con María, «tú eres mi Madre, yo soy tu Hijo,» es la sublime posición que adquiere el género humano desde el momento que el moribundo Jesús dirige á su Madre y al discípulo las últi-

mas palabras que pronunció en pró de los mortales desde el madero de la Cruz.

¡Ah! ¿Quién podrá mirar con ojos enjutos esta escena de amor y de benevolencia? ¿Quién contempla la transición que hicimos entónces de la orfandad á la adopción, del desamparo á la protección, sin sentir dar latidos de júbilo y de agradecimiento á su corazón? Éramos hijos de lágrimas, y nos hicimos hijos de gozo; éramos esclavos de la culpa, y se nos dió la libertad de la gracia; estábamos tirados por el suelo como cosa vil y despreciable, como un objeto perdido y degradado, y una mano compasiva nos levantó y nos recogió en su amoroso seno. Lo diré con el sublime Agustín: «La madre de nuestro linaje atrajo las penas al mundo, y la Madre de Jesús dió la salud y la dicha á los hombres. Eva es la autora del pecado, María lo es del mérito; Eva nos dió la muerte, María nos dió la vida; aquélla nos transmitió la perfidia, Ésta nos legó la fé; aquélla nos hirió, y Ésta nos curó las heridas.» No es posible decir más en tan cortas sentencias; la grandeza de este beneficio es infinita, y al contemplarla el Doctor citado, se arroba, se extasia, y como fuera de sí, mirando á la autora de tanto bien y á sus favorecidos, dice estas palabras: «Tome en sus manos María la arpa divina, y formen sus dedos celestiales mil sonidos melódicos, entonando himnos al Señor; rodéenla los coros alegres y festivos, y alternando con Élla las dulces y sonoras estrofas, canten con la divina poetisa: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu »se alegra en Dios mi Salvador...; porque hizo en mí cosas grandes y maravillosas el Omnipotente.»

Hé aquí, amados míos, la segunda revolución del espíritu humano operada por Jesús y María, revolución infinitamente más benéfica y gloriosa, cuanto la primera fuera dañosa y vil; desde el momento en que Jesús dirige á su Madre sus miradas por la última vez, y la hace Ma-

dre de los hombres, se preparan las vías más anchurosas de reconciliación y de paz entre Dios y el hombre; porque en aquella hora empiezan estos dos seres á ser hermanos, hijos de una misma madre; y aunque el pecado intente elevar un muro de división entre el Hijo natural y el adoptivo, la enemistad no podrá ser de duración, porque la Madre no permitirá que reine la discordia entre sus hijos, y por su intercesión se derramará la gracia y misericordia sobre los pecadores.

Hasta entonces no poseían los creyentes más que figuras, y en aquella hora empezaban las realidades; era desde aquella hora María la verdadera arca que salvaba al mundo del naufragio del pecado; era la arca de la alianza para los hijos de las promesas; era la verdadera Rebeca que recabaría para sus hijos mil bendiciones del Padre celestial; era el verdadero trono de Salomón, donde reinaría la misericordia y clemencia del Rey de los siglos; era la hermosa Raquel, que conduciría á las almas como á ovejas de su rebaño á los pastos celestiales, y las defendería con su cayado de las uñas del lobo infernal; era la prudente Abigail que, arrodillada ante el Dios airado, detendría su brazo armado y lo inclinaría á piedad por el mundo pecador; era la valerosa Judith en quien Dios cumpliera la misericordia prometida al pueblo escogido, destruyendo al opresor inicuo; era la preciosa y heroica Esther, que intrépida se lanzaría á los pies del divino Asuero, pidiendo por su vida y por la de su pueblo; era... ¡Ah! era la Madre de todos los hombres; y quien dice madre, dice protección, amparo, refugio, consuelo, auxilio, amor, piedad, cariño y cuanto pueda apetecer nuestro corazón.

El más grandioso y sublime cuadro se presenta á mi vista cuando fijo mi atención en aquellas razones que dirige Jesús á su Madre al despedirse de Ella poco antes de morir. No es éste ni el próximo triunfo sobre la muerte

y el infierno; ni es tampoco la gran revolución que ha hecho toda la naturaleza al ser testigo de la pasión de su Criador: este espectáculo es el que me presenta el viejo mundo al ir á concluirse para que empiece el nuevo; como las olas del mar se retiran replegándose sobre sí mismas y cediendo su lugar á otras que les suceden, así se esconde la antigua era de la orfandad y del desamparo ante la nueva de protección y de consuelo que tiene principio en las palabras de Jesús y en el otorgamiento de María. Profecías, símbolos, oráculos, figuras, emblemas, tipos, todo se va alejando después de haber oído esta voz del Dios moribundo; Patriarcas, Profetas, Reyes piadosos, justos y sacerdotes presentan sus trofeos y los depositan al pie del Hijo y de la Madre, saludando á los innumerables hermanos que tienen en la época que empieza, y despidiéndose para siempre de la que finaliza.

Veo en espíritu á los dos primeros padres de la humanidad venir y llegar al monte fúnebre; y arrodillados ante la Madre de Dios y de los hombres, decirle: «Bendito el Señor..., porque hoy ha engrandecido tu nombre de tal manera, que tu memoria y alabanza no se apartarán de la boca de los hombres, por amor de los cuales no perdonaste á los trabajos, antes acudiste á reparar su ruina delante de nuestro Dios.» Veo en seguida aparecer al venerable Abraham, y decir: «Ahora sí que mis hijos serán tan innumerables como las arenas del mar; ahora sí que poseerán las ciudades fuertes de sus enemigos; ahora sí que serán bendecidas en mí todas las naciones.» Veo también venir al inocente Isaac, al humilde Jacob, saludando á los hijos de bendición que tuvieran presentes en los días antiguos, cuando en el lecho de muerte vieran este día augusto que tanta alegría causó á sus corazones. Allí también Moisés y Aarón arrojaban á los pies de Jesús y de María la arca de la alianza, el efophel racional, la tiara de oro, los ritos y ceremonias dados

á un pueblo duro y de corazon de piedra, legislacion y ritos que no podian permanecer en la nueva era de amor que empezaba en la adopcion que de nosotros hiciera María. Allí, por fin, David con su lira profética, allí todos los demás justos que anunciaron la venida del Señor y la edad de oro del mundo, vendrian en espíritu á saludar á la ciudad gloriosa de Dios, al tabernáculo del Altísimo, á la Madre de los pecadores.

Cumplióse, amados míos, cuanto decretára el Eterno respecto á la regeneracion de los hombres hasta la muerte de Jesus, como se explica el divino Pablo: «Éramos párvulos que servíamos bajo los rudimentos del mundo; mas llegada la plenitud de los tiempos, envió Dios á su Hijo hecho de mujer; hecho sujeto á la ley, para que recibiésemos la adopcion de hijos.» Esta adopcion, no sólo nos hace hijos de Dios y coherederos de Jesucristo, sino que nos pone inmediatamente bajo el amparo y la tutela de María. Si esta amable criatura, por una hipótesis quimérica, no tuviese un corazon caritativo para con los hombres, debiera revestirse de todas las afecciones del amor maternal, porque su Hijo al morir la impone este precepto, y manda al hombre que mire en María la más compasiva Madre. *Mulier, ecce filius tuus... Ecce mater tua.*

¿Conque desde este momento cesarán de correr las lágrimas de los hijos de Eva? ¿Conque ya no habrá quien sufra las privaciones anejas á la orfandad? Así es, amados míos; María se nos muestra como Madre dulcísima, teniendo sus brazos abiertos para dar en ellos y en su seno calor y vida al mísero mortal que la invoque en sus aflicciones; el desamparo será para los que no quieran alzar sus manos á la Madre piadosa que los llama, pues María, por su parte, es tan inclinada á la conmiseracion, que no sólo acude á los ruegos de los que la invocan, sino que previene sus deseos, y socorre con la gracia y piedad áun ántes de ser llamada. Pero entendamos bien el objeto

primario de María, para no equivocarnos en nuestras peticiones.

La rehabilitacion que el hombre iba á lograr con esta adopcion no era de tal naturaleza que volviese al estado de la justicia original; la naturaleza quedaba en pié con todas sus dolencias, con los dolores, con las miserias y la muerte; los montes y collados brotarian por todas partes rios de leche y de miel, como se explicaba Isaías al contemplar la edad de oro que venía al mundo con el Cristianismo; mas el hombre no por eso dejaria de padecer hambre y desnudez; no por eso cesaria de regar la tierra con el sudor de su rostro para arrancar de su faz un poco de pan; la elevacion y asuncion humana á otro estado dichoso era de un orden sobrenatural; las lágrimas que enjugára María, la orfandad de que saldríamos siendo Ella nuestra Madre, eran las que derramaba el espíritu humano cuando yacia, cual mísero cautivo, bajo el duro dominio del pecado y de la ignorancia; era la soledad á que fueron reducidas nuestras almas con la privacion de la gracia santificante, que fué la inmediata consecuencia de la rebelion de Adán y de su caida. Así el tierno y patético título de *Madre de los Desamparados* con que hoy la celebramos, nos recuerda dos grandes acontecimientos: el infausto de nuestra caida y degradacion por la apostasía de Adán, y el venturoso de nuestra regeneracion, de nuestra adopcion en Jesus y en María.

Sin embargo, amados míos, diré una verdad para consuelo de los mortales: aunque por medio de la Redencion no devolvió Dios al hombre la justicia original, aminoró los trabajos de esta vida por medio de la gracia que nos da para que nos resignemos y los sobrellevemos con la esperanza del galardón eterno. Y no sólo los aminoró, sino que puso en planta un medio eficaz para eliminarlos algunas veces del mundo, dando á éste una Madre que se interesa principalmente en la eterna felicidad de sus

hijos, y secundariamente en su bienestar temporal. ¡Ah! Es también María la Reina clemente que alcanza para sus hijos mil favores y gracias; es la que al pobre cautivo extiende una mano libertadora, redimiéndolo de las cadenas y de la muerte; es la pródiga Madre que saca á las almas incautas de los insidiosos lazos que las tienden hombres malévolos é inícuos; Ella, cuando es invocada, asiste al náufrago desgraciado, sacándolo de entre los vorágines del mar irritado y sirviéndole de tabla de salvación en las tempestuosas corrientes de los ríos; Ella... pero ¿habrá lengua humana que pueda narrar los innumerables favores que los pueblos han recibido por la mediación de María? Aquí se apaciguan las tempestades; allí caen abundantes lluvias: en una parte cesa la peste y la mortandad; en otra concluye la guerra y se extinguen los ódios: hoy vuelve al corazón de una madre la alegría; mañana consueta al huérfano que llora. ¡Ah! No hay día, ni hora, ni instante que no esté consagrado con un favor dispensado por María, por la Madre de los Desamparados.

No quiero aducir en este momento otro testimonio que el que me suministra la heroica patria del Cid, la dichosa ciudad de Valencia, que, entre todas las poblaciones del antiguo continente, tiene la dicha de poseer dentro de sus muros la imagen de María con el tierno y consolatorio título de *Madre de los Desamparados*. ¡Ah señores! Preciso es decir que es muy querido de María aquel pueblo que mereció ser escogido para obtener como único propietario el sentimental y cariñoso título con que toda la humanidad conoce á María. Si todos los pueblos á quienes ha fulgurado la fé tienen acción para llamar á María Madre suya, Valencia entre todos puede gloriarse en tan provechosa advocación, que no en vano le regalara el cielo por ministerio de los ángeles. ¿Quién llega á respirar la embalsamada atmósfera de aquel Eden de la

Iberia, sin que llegue á percibir el suave aroma del nombre de su protectora? ¿Quién escucha las modulaciones de las avechillas que habitan bajo aquel cielo encantador, sin que le parezca oír entre los trinos de los melodiosos arpegios el nombre de *Madre de los Desamparados*? ¿Quién ha oído jamás el nombre de Valencia, sin recordar al mismo tiempo que allí es el alcázar de la Madre de los hombres, que allí está sentada en trono, cual Reina que protege á sus súbditos, cual maestra que los enseña, cual Madre que los acaricia, cual abogada que los defiende, cual bienhechora que los ayuda, dándoles paz, consuelo, abundancia y prosperidad?

Bendigamos al cielo, amados míos; alabemos la infinita bondad, que quiso darnos en el orden de la gracia una Madre que pudiese proveer á nuestra orfandad y desamparo, herencia legítima que nos legó nuestra madre según la naturaleza. Adoremos aquel Dios clemente que al morir en la Cruz, desamparado de su Padre, de sus amigos y discípulos, no quiso que tuviésemos que beber nosotros el cáliz amargo de la orfandad que Él bebía; ántes nos legó en su testamento todo el amor de María, para que fuese una prenda de la protección que Ella nos debía y de los auxilios que tenemos derecho á pedirla. Regocíjese la humanidad al contemplar que, á pesar del infierno, y contra toda la furia de Lucifer, tiene una Madre que lo proteja; alégrese de la caída que dió en la primera revolución por el orgullo de su primera madre, pues tan faustos fueron los resultados que obtuvo en la grandeza, poder y amor de la segunda, que Dios la dió desde el trono ignominioso en que vence al demonio y ennoblece al hombre. *Mulier, ecce filius tuus... ecce Mater tua.*

¡Ah señores! No descenderé de la sagrada cátedra sin invitaros á ser reconocidos á la Reina del cielo, que tan cariñosa y liberal se muestra para con vosotros. Sois cier-

tamente vosotros, hijos de la reina de las Antillas, sois los hijos predilectos de María, entre los que habitan las islas lejanas. No estaba satisfecho el amor que esta Madre os tiene con que la veneráseis en las advocaciones de la Caridad, de Covadonga, de Loreto, de la Luz, de Guadalupe, de Montserrat, y de otras muchas que tiene en cien y cien altares que la ha erigido la piedad de vuestros mayores y la vuestra en esta opulenta pero católica Tiro; María ha querido daros una prueba de su especial amor, presentándose á vosotros en su imagen y título de *Madre de los Desamparados*. Ahí la teneis, devotos hijos de la Habana; no es ya Valencia la única que puede gloriarse en su tierna Madre; no es ella la sola que obtiene el beneficio de su proteccion, pues vosotros sois tambien hijos de María, vosotros tambien impetrais sus favores.

Coronad, pues, este amor de María corriendo presurosos á formar en torno de tan dulce Madre un coro melodioso que exhale acentos de gratitud, alabando á su Hijo por tanta dignacion. Sea vuestro primer deber el asociaros á los que tienen su gloria en ser hijos de la Madre de los Desamparados, y estad seguros que María, en cambio de una devocion que se le debe de justicia, os amparará en esta triste vida, y os conducirá á la mansion de la paz en la gloria, que deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS.

Et ego primogenitum ponam illum excelsum præ regibus terræ.

Y yo lo estableceré por primogénito y elevado sobre los Reyes de la tierra.

(PSALMUS LXXXVIII, vers. 28.)

¿Conque aquel Sér cuya inmensidad no cabe entre los límites del austro y del polo, tiene tambien un lugar donde reside con especialidad, como si no existiese otro punto en el mundo? ¿Conque aquella Pupila fulgurante que con más ligereza que el rayo solar recorre el espacio inmensurable, se dirige benigna á un solo paraje, y lo observa con singular atencion, como si á los otros mirase con indiferencia? ¡Pueblos de la tierra! ¿Conque no todos sois igualmente observados, no todos igualmente protegidos, no todos igualmente conservados y defendidos por aquella mano pródiga que sostiene al mundo en su índice? ¡Naciones! ¿Conque no á todas ha puesto el Altísimo bronceados muros donde ni pueda abrir brecha el aríete enemigo, ni escalar el guerrero ligero como el águila, ni penetrar la ominosa hueste? ¡Monarquías! ¿Conque no á todas fué concedido el cimentarse en alta y sólida montaña, ni llevar su glorioso pabellon de siglo en siglo, triunfando siempre del enemigo, conservando intacto el